

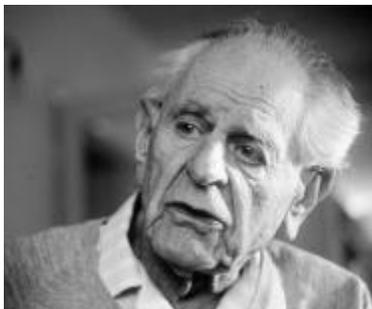
UN PENSADOR DECISIVO DEL SIGLO XX

Popper, la libertad crítica

El 28 de julio se cumple el centenario del autor de "La sociedad abierta"

El artículo que escribió el filósofo italiano Norberto Bobbio en 1945 da idea del impacto que supuso el pensamiento de Popper en la posguerra. Su alerta sobre la tentación totalitaria mantiene aún hoy plena vigencia.

LA VANGUARDIA - 04.04 horas - 20/07/2002



ARCHIVO

Una imagen del filósofo austriaco Karl Popper tomada en 1991

NORBERTO BOBBIO

Karl Raimund Popper nos habla en un reciente libro, en dos grandes volúmenes, de "La sociedad abierta y de sus enemigos": es abierta aquella sociedad en que cada individuo asume una responsabilidad personal y el resorte de la vida social es la iniciativa moral singular, mientras que la sociedad cerrada se basa esencialmente en la rigidez de las costumbres apoyada por una autoridad religiosa. La primera es racional y crítica, en progresión; la segunda, irracional y mágica, estáticamente adormecida en la repetición de fórmulas consumadas. El pase de la sociedad cerrada a la sociedad abierta es para Popper, como para Bergson, el pase del tribalismo al humanismo; pero a Popper no le agrada la intrusión de aquella intuición mística que en Bergson abre la sociedad cerrada y la disuelve. También el misticismo es para Popper un ingrediente de la sociedad cerrada, o en todo caso una reacción a la amenaza de decadencia de la sociedad cerrada, y en consecuencia una protesta contra la sociedad abierta que tiende a destruir el sueño de regreso al paraíso perdido de la tribu. La sociedad abierta no se construye sobre el misticismo, sino sobre la inteligencia de los hombres que han alcanzado conciencia del poder crítico de la propia razón y la ejercen para desvelar el engaño y la inconsistencia de los mitos, para destruir la autoridad y el terror de las supersticiones salvajes.

"La sociedad cerrada no ha muerto: es una tentación perenne que habita en nosotros"

El filósofo vienés, un antídoto contra populistas y patrioterros

Según Popper, la sociedad abierta ha conocido muchos enemigos en todas las épocas, incluso en las más gloriosas edades del pensamiento. En la antigüedad, más que cualquier otro es precisamente el divino Platón quien traiciona el mensaje humanista de Sócrates, y alimenta el sueño imposible de reconstruir, idealizándolo, íntegro, inmutable e inmóvil, el paraíso perdido de la sociedad cerrada, deteniendo en un momento del tiempo, para la eternidad, la querencia del progreso humano hacia las instituciones libres. En los tiempos modernos, Hegel, apologeta y teórico de Estado-tribu y su discípulo Marx, falso profeta (aunque un indagador bastante más agudo e inteligente de los hechos sociales). Desenmascarar a estos enemigos de la sociedad abierta, luego de la humanidad, es, según Popper, la tarea de la filosofía racionalista y crítica. Un deber urgente y digno del hombre moderno es demostrar que el regreso a cualquier forma de tribalismo heroico no es un retorno al estado idílico de la naturaleza, sino a la bestialidad

+ NOTICIAS RELACIONADAS

. "Toda teoría puede ser falsa" LA VANGUARDIA - 04.04 horas - 20/07/2002

primitiva. Para el hombre, desde que comió el fruto del árbol del conocimiento, el paraíso está definitivamente perdido. "Si soñamos -dice- con volver a nuestra infancia, si nos dejamos tentar para delegar en los otros y ser felices así, nos sustraemos al deber de llevar nuestra cruz, la cruz de la humanidad, de la razón, de la responsabilidad; si perdemos el coraje y nos retiramos de la lucha, entonces debemos percatarnos claramente y sin escrúpulos de lo que nos espera: podemos volver al estado bestial. Si en cambio deseamos seguir siendo hombres, no nos queda otra vía que la que conduce a la sociedad abierta."

En cuanto al análisis histórico de Popper, no es el caso de indagar si es exacto o está viciado por su amor a la tesis. Pero un modo tan sincero y audaz de denunciar la eterna tentación de volver al tribalismo merece

algún comentario. Aunque sólo sea porque este regreso al tribalismo es el criterio más incisivo y menos abstracto de explicar el fenómeno del Estado totalitario, en cualquier país y con cualquier revestimiento ideológico, y en consecuencia -dado que la historia no conoce otros valores que lo "civil" y lo "bárbaro"-, de condenarlo sin recurrir a valoraciones de orden trascendente, imágenes apocalípticas o visiones providenciales.

Cada vez es más evidente que el Estado totalitario, como antes de su aparición había advertido Walter Lippmann, es esencialmente una organización militar y guerrera, que no se justificaría -parecería incluso monstruosa- si su finalidad última no estuviera representada en la preparación y realización de la guerra. Esto hunde sus raíces en los mismos motivos psíquicos y sociales que caracterizaron la aparición de las organizaciones estatales primitivas, nacidas para defender al grupo de la constante amenaza de otros grupos. Por eso el Estado totalitario es una sociedad cerrada: se fundamenta en un grupo que se cree aislado o se aísla voluntariamente y concibe la vida social en función de la defensa ante el ataque de otros grupos (...)

Pero la sociedad cerrada no ha muerto sólo porque hayan caído dos o tres estados totalitarios. Es una tentación perenne de ese hombre primitivo que dormita en cada uno de nosotros y se despierta y desencadena en los momentos de convulsión social; es la tentación de ignorar que los otros no son sólo mis hijos, los de mi tierra y mi raza, sino todos los hombres sin distinción; de acallar el llamamiento de nuestra conciencia moral, que es tal en cuanto es consciente de una ley universal que une a los hombres por encima de diferencias sociales; de permitir que triunfe sobre la evidencia de la razón la oscuridad del instinto, sobre la inteligencia moderadora la pasión devastadora, sobre el conocimiento científico las más desacreditadas supersticiones, sobre la obediencia a principios de educación cívica el abandono al furor ciego del fanatismo. Cada grupo esconde la tentación de encerrarse en un círculo mágico de autosuficiencia: así surge, de la clase, clasismo, de la nación, nacionalismo, de la raza, racismo.

El pueblo que se halle sin pecado que tire la primera piedra: ¿acaso los representantes de las grandes democracias no nos parecen también desmesuradamente poderosos, jefes de tribu que se cierran unos frente a otros en una actitud de desconfianza hostil y perversa? El espíritu que ha determinado la política de zonas de influencia es el de la sociedad cerrada; no importa que las fronteras de la tribu se amplíen hasta abrazar casi medio mundo; el espíritu tribal permanece. Y con la seducción de la tribu -que los demagogos de la calle, los retóricos de las cátedras y los más cínicos y estúpidos falseadores de ideales recubren bajo el nombre pomposo de amor a la patria- camina al mismo paso una organización de la sociedad que no es para la paz sino para la guerra, no para la felicidad de los individuos sino para el poder del grupo, no para el desarrollo del alma sino para el vigor de los miembros, no para las libertades de las personas, sino para la esclavitud del rebaño o de la colmena.

En todo lugar en que se extienda esta seducción, la democracia está destinada a retroceder y decaer. Esa democracia -vista como meta merecedora del sacrificio de los mejores por los movimientos de liberación europeos- no se entendía como modificación puramente formal de las leyes constitucionales; o era una auténtica ruptura de la sociedad cerrada y la instauración de la sociedad abierta, o un falso ídolo que no merecía incienso ni víctimas. Por desgracia prevalece la concepción formal e instrumental de la democracia: se pierde el hábito de leer el sentido profundo de las estructuras y garantías jurídicas llamadas democráticas.

En la base del sufragio universal, de la garantía de los derechos individuales, del control de los poderes públicos, de la autonomía de entes locales, del intento de organización internacional de estados, está, visible para quien no cierre los ojos, la convicción de que el hombre no es un medio sino un fin, y que por tanto una sociedad es más noble y más civil cuanto más hace crecer y da vigor -en lugar de humillar y mortificar- el sentido de la responsabilidad individual.

Más allá de la democracia como ordenamiento jurídico, político y social, está la sociedad abierta como aspiración de una sociedad que rompa el espíritu exclusivista de cada grupo y haga emerger de las barreras de las supersticiones sociales, al hombre, al individuo, a la persona en su dignidad e inviolabilidad. Contra la sociedad cerrada, es decir, contra la moral del poder, la autarquía económica, el monismo jurídico y la religión mágica, la democracia se inspira en una moral basada en la responsabilidad individual, reivindica una economía antimonopolista, contraria al privilegio de grupos, que necesita de una estructura no monista sino pluralista del derecho y exige una religiosidad interior que brote de la intimidad de la conciencia. Una democracia que no sea el revestimiento formal de una sociedad abierta es una forma sin contenido, una falsa democracia engañosa y falaz.

